

## Experimentos imbéciles.

Asistí con atención é interés á casi todas las sesiones del Congreso Agrícola celebrado en Septiembre último en esta ciudad de Salamanca. Asistí á él porque, fiel al aforismo terenciano de *homo sum, nihil humanum a me alienum puto* — hombre soy; nada humano estimo serme ajeno. — Si de algo he pecado, es de una atención omnilateral, de no haber problema humano que no me tiente el ánimo. Aparte esto, he creído siempre, y creo, que lo económico es uno de los dos goznes de la Historia — el otro es la religión, — y dentro de lo económico, lo fundamental es lo de economía agrícola, por ser la tierra la fuente de las primeras materias y la agricultura la base de la riqueza,

Mucho podría decirse apropósito del Congreso y mucho podría hablarse de muchos puntos, entre ellos el de la falta de espíritu de solidaridad y de asociación entre nuestros agricultores, herencia acaso de los orígenes pastoriles de lo más de nuestro pueblo. Porque las razas de pastores son, de ordinario, más refractarios á la solidaridad. Es más necesaria la asociación para labrar la tierra que para pastorear ganado. Y por algo dice el Génesis que la primera ciudad — las ciudades son el símbolo visible de la asociación — la edificaron los hijos de Caín, el labrador, no los de Abel, el pastor, que seguían en tanto su vida nómada, plantando acá y allá sus tiendas, según las necesidades del pastoreo.

Mas dejando esta y otras interesantes cuestiones, voy á fijarme en una división que, desde luego, se verá surgir á flor en el Congreso. Me refiero á la división entre técnicos y prácticos.

Una concepción equivocadísima y muy imperfecta de lo que es y debe ser la ciencia, ha hecho nacer entre nosotros ese funesto error de hablar de la práctica, no ya como de cosa distinta de la teoría, sino hasta opuesta á ella. Y así vemos con frecuencia teóricos sin práctica alguna y prácticos sin teoría.

Abundan los espíritus que no saben concebir la ciencia sino dogmáticamente, y no es raro oír frases como esta: «sobre este asunto se ha pronunciado ya la ciencia», ó bien «la ciencia no ha dicho aún la última palabra sobre esto». Y la ciencia no es ninguna señora que se pronuncie sobre nada ni que diga últimas ni primeras palabras. Las cirán, tomando su nombre unos señores, más ó menos doctos, que la cultiven.

Concebim os con sobrada frecuencia la ciencia como algo hecho, definitivo, inapelable, y si una vez nos engaña, es decir, si una vez nos engañamos, por no saber usarla, la retiramos nuestra confianza toda. No olvidemos que la fe más arraigada en nuestro pueblo, es la fe en la lotería, y la ciencia es para muchos españoles una especie de lotería.





En todo tropezamos con las funestísimas consecuencias de nuestra educación dogmática. Nos han enseñado á reposar sobre unas fórmulas— algunas de las cuales se pretende son expresión de la verdad revelada é indiscutible—y sobre unas fórmulas que nos dan hechas, sin que siquiera tengamos el trabajo de llegar á ellas, por

nuestro propio esfuerzo. La base de nuestra disciplina mental ha sido el criterio de autoridad.

Y esta fatal educación persiste, aunque cambie su objeto. El que no profesa dogmas religiosos, los profesa científicos. Y el pueblo que se ha acostumbrado á oír y prestar asenso al sacerdote, porque dice que habla en nombre de Dios y sin examinar por sí sus enseñanzas, oye al perito, ingeniero ó técnico, al que le presentan como teórico de la agricultura, cual si oyese é un sacerdote de la ciencia. Y en cuanto siguiendo, bien ó mal, sus consejos, ve una vez que no le dan el resultado apetecido, pasa de pronto á un redomado incrédulo de la ciencia y la teoría.

Hubo en el Congreso quien pidió campos de experimentación agrícola, y yo me decía: ¿pero es que no puede disponer cada labrador de una parcela de terreno para dedicarla á experimentos de cultivo? ¿Es que ha de ser uno el que haga los experimentos y otro distinto el que aplique los resultados que de ellos se obtenga?

Estoy harto de oír á labradores, cuando se les habla de alguna novedad cultural ó de algún procedimiento ó cultivo que no conozcan, contestar: «eso aquí no pinta.» Y si les argüís diciéndoles: «pero, ¿lo ha probado usted?» Os darán por toda respuesta la repetición de la anterioro: «ya le he dicho que eso no pinta aquí». Y estad seguros que en la mayor parte de los casos no han probado si pinta ó no pinta, y si lo han probado ha sido con ánimo hostil, llenos de desconfianza y predispuestos á que no les resulte aprobatorio el experimento. Hasta cuando experimentan, rara vez lo hacen con despreocupación y menos con tenacidad y ahinco.

Llegan á aceptar las novedades, sí, pero es cuando vienen impuestas por una gran masa de sufragio ó refrendadas por autoridad que acaten. Y aun entonces, ¿cómo las aplican!

«¿Qué? ¿le duele á usted en el costado? Lo mismo me pasó á mí, tomé este cocimiento y á las veinticuatro horas curado». Y el que lo oye, como se lo oye á un profano en medicina, á uno que procede por pura práctica, á uno que no tiene la cabeza trastornada por esas cosas de libro, cree en él y toma el cocimiento, y el dolor, lejos de calmársele, se le arrocia. Y es que esos síntomas mismos pueden serlo de cosas diferentes, y hasta opuestas, y lo que sana á éste agrava á aquél.

Uno digiere mal por escasez de ácido clorhídrico en el estómago y otro por el exceso de él, y aquel que notó se curaba tomando muy salados los manjares le recomienda á éste haga lo mismo, y le estropea el estómago más de lo que ya lo tenía estropeado.

Y así con las tierras. Porque en un pueblo—el caso es histórico—vieron á un cura comprar un terreno que pasaba por malo y hacerlo más que regular echando en





él unos cuantos carros de arena y mezclando con ésta la tierra; se dieron los vecinos á enarenar sus tierras todas y las estropearon.

Y luego tienen la culpa la teoría y los teóricos, los que hacen agricultura de libro y de gabinete.

No; la culpa la tiene nuestra desdichada educación dogmática; eso de que nos hayan enseñado á descansar en dogmas, fórmulas, principios y aforismos hechos y no á formarnos por nosotros mismos nuestras convicciones y creencias, eso de que el criterio supremo de verdad entre nosotros sea, prácticamente, el criterio de autoridad. Y esta educación se infiltra en todo, y á todo lleva su pernicioso influjo. Ha mantenido y corroborado nuestra pereza mental, y nos ha enseñado á descansar en la experiencia ajena, y ni aun esto, sino en la afirmación ajena.

La ciencia no es ninguna teología revelada; la ciencia está sujeta á continua revisión y á progreso continuo; la ciencia no dice casi nunca últimas palabras. Y es la ciencia, sin embargo, la maestra de la práctica.

Lo que hay que hacer es ensayar y experimentar sin descanso, y no cansarse de ensayos y de experimentos. Y el valor consiste en no desmayar, sino persistir un día, y otro, y otro. Los pueblos que progresan son los que no se cansan de luchar con la naturaleza para arrancarle sus secretos. Las cosas que parecen más absurdas suelen dar resultado.

Me contaban una vez, tomándolo como cosa de un loco, el caso de un hacendado de esta provincia de Salamanca que trajo hueva de besugo para echarla en una charca y ver si se criaban. Y yo, muy lejos de tomarlo á burla, dije: «muchos como ese nos hacen falta, que si en este caso parece ello absurdo, demuestra un gran valor en el que lo hace, el valor de afrontar las burlas de los demás». Y recordé lo que el hijo de Carlos Darwin nos cuenta respecto á lo que su padre llamaba *experimentos imbeciles*. Necesitamos gente con iniciativa y con valor, aunque sea para hacer experimentos imbeciles.

Necesitamos valor, pues es valor moral lo que más falta en España. El cual valor no consiste en afrontar peligros de los que comunmente se afrontan, como son daño al cuerpo, mengua de fortuna ó menoscabo de honra; sino algo que se teme más, y es pasar por loco ó por mentecato. He podido advertir que los más de los labradores que no se resuelven á ensayar tal ó cual cultivo ó procedimiento nuevo es por no pasar por locos, ó cándidos, ó tontos entre sus convecinos por miedo y que se burlen de ellos si el ensayo les marra.

Es valor lo que necesitamos: valor moral. Es la pestilente y asquerosa cobardía moral lo que nos tiene, no sólo agarrotados los corazones y perlerizadas las almas, sino cegadas fuentes de riqueza, es el temor á pasar por locos, ó mentecatos, ó ilusos, ó cursis, lo que nos impide progresar; es esto y el peso de la educación dogmática.

Necesitamos valientes que lleguen hasta hacer experimentos imbeciles; necesitamos Moscos que no teman echar huova de besugas en charcas de Castilla.

